

# numero

VEINTE

Buenos Aires

SI, SI; NO, NO

Agosto de 1931

20 CTS

## DOMINGO F. SARMIENTO

Introdujo tres plagas: el normalismo, los italianos y los gorriones.

1. El normalismo. Hasta la época de Sarmiento nuestra cultura se dividía en la cultura de Chuquisaca y la cultura de Córdoba. La primera era mucho más decente que la segunda, porque era más humanista que española. La de Córdoba tema olor a rata muerta, pero siquiera era cultura. Los enciclopedistas franceses entraron a América por la Universidad de Chuquisaca y los leyeron personas inteligentes. Recién empezaron a hacer mal cuando llegaron a Buenos Aires, donde Mariano Moreno y los de su clase quisieron explicarse el pensamiento nuevo sin salirse de este ambiente de tenderos. La Universidad de Córdoba les cerró sus puertas desde un principio, pero esto no supone nada en favor de ella, porque lo hizo de puro atrasada. La verdad es que en ese tiempo la Argentina era un país con hombres cultos, que tenían nociones de latín y les gustaba el trato con los clásicos. El latín y los clásicos les servían para darse un poco de tono, pero también les impedían caer en una cantidad de estupideces. Sarmiento mató la cultura para fundar la instrucción. Con esa fuerza brutal que tenía para todo, hizo de la Argentina un país como los Estados Unidos del Norte, instruido pero inculto; su ideal era que todos los habitantes supieran leer aunque eso no les sirviera de nada; que todos fueran alfabetos aunque resultaran todos analfabetos mentales. Para esto introdujo Sarmiento su plantel de maestros y los largó a la conquista del territorio. Al poco tiempo la Argentina estaba perdida para la cultura. Los maestros argentinos tienen vicios fundamentales; mañas que traen de nacimiento y que sólo el tiempo podrá quitarles si la buena voluntad de Dios se junta con el tiempo. Creen, por ejemplo, en las máximas de las cajas de fósforos; tienen una idea perfectamente romántica de la moral y piensan que el mejor maestro es aquel que se sentimentaliza más con el espectáculo de la niñez de delantal blanco. Creen que ya conocen

el alma del chico cuando empiezan a conocer sus sentimientos. La culpa de todo esto la tienen los maestros de nuestros maestros, que eran irreparablemente incapaces. El arte de enseñar a los chicos no consiste en achiquilarse ni en rebajar la mentalidad de uno hasta perder la idea de la propia edad. Dentro de los principios que rigen la instrucción primaria entre nosotros, el maestro se idiotiza enseñando. El maestro es para el chico un ser distinto de los demás; en el mejor de los casos un ser misterioso que no se enferma nunca... Para encontrarse con la realidad el chico tiene que salir a la calle, donde ve hombres que andan y que miran como su padre y como sus tíos, hombres que no se empeñan en falsificar a los chicos para que los chicos los entiendan. Pero el normalismo sigue y el espíritu de Sarmiento sopla sobre la plaga. El primer deber de las autoridades

escolares es el de suprimir los retratos de su fundador. Porque nosotros — gente romántica, con una superstición romántica invencible — creemos todavía mucho en los retratos...

2. Los italianos. Llegaron cuando teníamos fundada nuestra vida. Se dijo que "gobernar es poblar" y nuestros bisabuelos se lo tomaron en serio porque les gustaban los aforismos mandones; además era una justificación de la hombría, aunque ellos no necesitaban que nadie les justificara sus cosas. Pero Sarmiento se trajo a los italianos porque él creía que entendían de trigo; y en lugar de irse al campo y fundar colonias se prendieron a las ciudades y fundaron quintas; en lugar de sembrar trigo sembraron verdura, y mandaron al centro a sus hijos para que tallaran lo mismo que los hijos de los otros. Los italianos mezclaron las orillas con la ciudad; se arrimaron al compadraje y lo metieron adentro cuando menos lo pensábamos. Nos ayudaron a levantar las cosechas, pero las máquinas hacen lo mismo y no se meten con nuestra sangre. Ni siquiera nos trajeron su ciencia ni su arte, porque tuvimos que cruzar el mar y traerlas nosotros, aunque detrás de eso se vinieran las primas donnas y las cantantes que retardaron en veinte años nuestra salida del romanticismo. Sarmiento nos trajo la plaga popular italiana. Carlos Guido la plaga artística.

3. Los gorriones. Mi abuelo — que era un gran hombre — los odiaba con toda su bondad. Son pájaros perfectamente radicales. Se reproducen, gritan y hasta yo creo que votan. Sarmiento los trajo para que limpiaran de bichos los sembrados, pero ellos se apoderaron de la administración del aire y en poco tiempo desalojaron de pájaros el país y devastaron los campos. A mí me enfurece esa unanimidad insolente que tienen sus reuniones y esa manera de resolver todo por aclamación. Sarmiento los importó con miras de utilidad y lo único que hizo fué poner millones de manchitas de barro en nuestro cielo.

Domingo Faustino Sarmiento nació en San Juan — la tierra de los Cantoni — en 1811. El mismo escribió su biografía,

## SUMARIO

NÚMERO: Desesperación. — IGNACIO B. ANZOÁTEGUI: Domingo F. Sarmiento. — NIMIO DE ANQUIN: Idea del intelectual católico. — FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ: Leer. — MARIO PINTO: Un cristiano. — JACOBO FIJMAN: Poema. — DIMAS ANTUÑA: Carta a un escultor. — CÉSAR E. PICO: Autodestrucción de la democracia. — Dibujos de J. A. BALLESTER PEÑA y HÉCTOR BASALDÚA. — Xilografías de JUAN ANTONIO.



o por lo menos el ambiente de su biografía, en "Recuerdos de Provincia". Nació pobre y fué muchas cosas, entre otras masón, general y presidente de la república. Toda su vida tuvo un genio bárbaro, y cargaba ideas como quien carga bolsas. Le importaban poco las palabras y empezaba a los golpes contra el primero que se le pusiera delante. Así consiguió llegar hasta donde llegó, porque a la gente le gusta la atropellada cuando es segura. Defendía sus asuntos como si fueran casos perdidos, con una fiereza de mono acorralado.

Era capaz de andar con el pantalón desprendido, de pura rabia.

Tenía grandes condiciones para la lucha. Era de pensamiento corpulento y macizo y derrotaba a sus enemigos a cabezazos. Desde chico tuvo que vivir peleando contra alguien; unos lo odiaban y otros lo querían, pero él peleaba con todos, más que por el gusto de pelearse por el gusto de combatir. Sus amigos le tenían tanto miedo como sus enemigos, porque era de una severidad temeraria. No le importaba destruir, pues conocía su fuerza de creador. Muchas veces le fracasó su fuerza, porque su cabeza desequilibraba la realidad, sobre todo la realidad de la vida argentina que era tan pobre y tan sin esperanzas. Con todo su genio Sarmiento fué



Dibujo de Basaldúa

uno de los hombres que hizo mayores males al país. Era un maniático de la acción, y ejecutaba sus ideas como si fueran odios. No le interesaba la ley y mucho menos la medida de la ley; porque las leyes han sido hechas nada más que para los violadores de la norma resguardada por la ley. Tenía todas estas buenas condiciones pero

le faltaba una: la de ser católico, porque sólo un católico tiene derecho a ser brutal con la vida.

Sarmiento no fué un escritor profesional. No tuvo el machismo carnavalesco de los que ahora quieren escribir en criollo sin animarse a otra cosa que a compadras de salón, ni le dió tampoco por la literatura fácil que se usaba en la época.

Mientras sus contemporáneos leían a Moratín y se alborotaban con Quintana, Sarmiento escribía malas palabras como podía hacerlo un clásico. No le tentaba la elegancia cajetillista ni la otra elegancia llorona. El pensaba "la puta que los parió" y escribía "la puta que los parió", porque nunca en su vida dió rodeos para nada. Fué sólo un publicista: publicaba sus cosas, es decir, las cosas que eran suyas, que sentía y le dolían.

No perteneció a ninguna escuela de su tiempo. Ni la política ni la literatura consiguieron ganarle. La política era demasiado mañera para que le gustara, y la literatura demasiado zonga para que le ocupara. El país marchaba por esos dos rieles: Sarmiento se empeñó en hacer galopar la locomotora y se vino abajo con todo.

La gente lo admira por eso. Yo lo admiro por los gritos que pegaba.

Ignacio B. Anzoátegui

## IDEA del intelectual católico

No hay nada tan contradictorio de la idea cristiana de sabiduría como el intelectual puro, personaje estéril, engendrado por el arte o la ciencia sin caridad, es decir, sin amor. Todo lo que no coopera a la realización del Reino de Dios, es inútil y vano; y el Reino de Dios consiste en el señorío de la caridad, pues Dios es caridad. El problema último de la humanidad es la transfiguración de sí misma por el amor; su acercamiento máximo por esa participación a la esencia divina. Cristo que vistió la Humanidad perfecta, trajo a nosotros junto con la persona del Verbo, el modelo acabado de Humanidad, y su muerte por redimirnos del "hombre viejo", es el sacrificio del amor.

Para el intelectual cristiano no existe ningún modelo cual Cristo, y toda la sabiduría se resuelve para él en una "imitación" de las perfecciones infinitas del Verbo. Para el cristiano, las cosas tienen sólo un valor instrumental y las que no pueden ser empleadas en la ejecución de la gran obra del Reino, deben ser aventadas como objetos inútiles.

El alma del cristiano es un calvario en pequeño, y la prueba más evidente de una vida bien cumplida, es el rematar en un

Gólgota, como el Maestro, víctima del amor sin mancha.

La ciencia y el arte cristianos aparecen, por ello, como un enorme sacrificio rendido a la humanidad para transfigurarla en el amor. Se ha dicho que son como un cántico al Señor, pero nosotros preferimos decir sacrificio, porque el artista o el sabio cristianos creaban para realizar la Ciudad de Dios, en un despojamiento absoluto de sí mismos, en la desnudez de toda ambición personal, en la entrega de lo más propio del ser a la humanidad necesitada. Entrega dolorosa, dirigida a la realización del amor perfecto, al acceso del "monte cuajado y riscoso", cuyas laderas están llenas de abismos y noches insondables.

Quien no esté dispuesto a ese sacrificio amoroso, carece del sentido de la caridad, carece del sentido cristiano del saber. En nuestra Iglesia no existen torres de marfil y los espíritus más altos son los que con más generosidad distribuyen sus dones. El intelectualismo cristiano es una cooperación a la transfiguración de la humanidad, marcha progresiva a una katarsis universal que nos develará la faz de la Belleza increada. Los siglos XII y XIII nos ofrecen abundantes ejemplos de ese saber heroico. Durante ellos el cristiano decíase caballero de Cristo, y los más perfectos, "trovadores" de Cristo. Desde el monje más humilde que oraba simplemente a Dios en su cenobio, hasta el teólogo

más afinado en las disputas cuolibéticas, todos, estaban poseídos de la idea del Reino, de la Caridad, del amor inflamado hacia el Señor, su modelo supremo. La cruz, símbolo de la Redención, era la causa final de aquel cosmos magnífico animado por la idea de sacrificio para la transfiguración del mundo caído y la expulsión del "Hombre viejo".

Nosotros, los que participamos de los beneficios de la fe y que hemos nacido y crecido dentro de la casa de Pedro, no podemos renunciar a una tradición tan excelsa. La ciencia (o el arte) que hincha no es la nuestra. Pero sí la que edifica, la que nos perfecciona en el conocimiento de la verdad, la que nos diviniza haciéndonos participar, en el Señor, de la Verdad por excelencia. Conocimiento transfigurativo en desposesión de sí mismo y que con ello realiza la paradoja del sabio ignorante, que cierra su vida hundiendo la frente en el polvo de la humildad. No ambicionamos otra riqueza que esa cooperación al advenimiento del Reino, poder llamarnos pobres en el sentido del Evangelio y participar con derecho del Pentecostés futuro, cuando el Espíritu septiforme escuche la invocación de la secuencia:

*Veni pater pauperum;*

*Veni dator munerum;*

*Veni lumen cordium.*

Nimio de Anquín

Córdoba.

# LEER

Hay un momento de la vida (¿lo recuerdas, amigo lector?) en que la letra de los libros, antes obediente y generosa, se vuelve discolá y ruin hasta sobresaltar el entretiem po de la lectura. Los caracteres empiezan a ganar en hondura lo que pierden en quietud y tamaño; las hojas envían una luz a cada paso más íntima; la tinta se junta con nuestra sombra; los márgenes acogen en paz el orgullo de nuestra caligrafía; la piel de las encuadernaciones es, al fin, hermana de nuestra piel. Y, sin embargo, la fijeza de los ojos escasea. La lectura se remansa. Ya no podemos acabar el conocimiento de una página cualquiera sin interrumpir, entre renglón y renglón, el discurso de la mirada distraída. Nuestra lección es un sostenido vaivén entre las palabras y sus objetos: de la criatura nominal a la criatura viva, del ave que tiene dos sílabas al ave que tiene dos alas, y del árbol árbol al árbol escrito en el papel. Algo, pues, algo que dentro de los libros está (la letra; quizás el espíritu; no sé), rehusa nuestra constante camaradería con ellos y nos aconseja la periódica fuga. Por lo general es de noche. La casa duerme. La biblioteca se pone confidencial. Hace frío. ¿Por qué no suspendemos un instante la plegadera? Volvamos a la niñez. El cometa de don José Figueroa Alcorta, presidente de la Nación; el incendio (que fué visto desde la Colonia) de la gran tienda "A la Ciudad de Londres"; el consuelo de saber (uno, dos, tres, etcétera) que todavía faltaban once años para el servicio militar; el vagón olvidado meses y meses en la vereda de las Catalinas; el temor a que pudiese reventar el gasómetro del Retiro; la sorpresa de Cancha Rayada; la directora del colegio; la palabra crisis, oída por primera vez en el comedor, hacia 1910; el centenario argentino; más un día de sol, otro de lluvia, muchos otros, y ¡sólo un domingo por semana!; los deberes escolares; el manchadizo delantal; un sonido de campanas; un cristal empañado; la plaza (con el bastón y la garita del guardián); alguien escondido tras una puerta; poco postre y demasiada sopa; la suspirada azotea, los cuentos, un pedazo de pan, alguna canción, el consabido pañuelo, recomponen en un santiamén aquella perdida lamina. Pero la niñez así restaurada no revela sino la parte más luminosa de nuestra niñez. En la tuya y en la mía (lector) hay, además, espacios y minutos que se resisten a la tarea de la memoria. Cuando se desconoce tan intrínseco pasado, fácil es achacar el motivo de la desazón infantil a los primeros atardeceres, a los exámenes, al tren, al aire ladrón, al invierno que vimos en un cristal, a la sirena de la dársena Norte y a la (terrible) de "La Prensa" de Buenos Aires, a la fruta que tenía tapias altísimas, al triángulo de los barquilleros, a la siringa con que los afiladores anunciaban a Debussy por aquellas calles, a los hombres de la perrera municipal, a la campanilla de la Asistencia Pública. No. No, señor. Aunque remanezca siempre vestida de pinturas, aquella pena debió de ser asunto del alma; del alma ya dócil a su verdadero centro; del alma recién instruída de su clausura; del alma. Los libros empezaron entonces.

Eso es. Al principio, la lectura de las estampas: el mundo cuadrado, los objetos anónimos, el mundo mudo. Pura vida pura. Más adelante, la lección escolar: esta

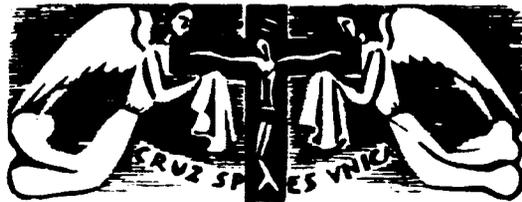
vaca se llania buey; este cabayo debe ser leído con elle:  $5 > 1000$ : arista quiere decir esquina de mi casa (de tu casa); todo chico de seis años es un mamífero. Luego, las herejías. Una vez:

—Los hortelanos andaluces — alcahuetea la ley de enseñanza primaria — ponen cardos secos en los muros de sus fincas, para defenderlas de los ladrones. ¿Saben ustedes cómo se llaman esos cardos? Duendes. Así. ¡Duendes!

Otra vez:

—Ah, los hados.

Imposible, señor maestro. Nadie puede publicar el fondo del espejo ni romper el encanto de los rincones infantiles. El duende menos orgulloso se avergonzaría de guardar una pared. ¿Hados? Imposible. Las hadas están solteras. Asignaturas y textos y personal docente conspiran en vano contra la familia del aire, porque la



## DESESPERACION

*No por cierto aquella que alimenta el infierno y se opone diametralmente a la virtud teoloyal de la Esperanza, ni el desengaño del mundo, ni la desconfianza en los hombres, pero sí una desesperación verdadera.*

*El hijo de la luz marcha a tientas aunque no perdido: ¿quién puede privarle de poner su esperanza en algún objeto luminoso? Cuando esa luz, que no es la pura luz, le traiciona, comienza la desesperación de su vida.*

*En una sola cosa — bien lo sabemos — puede poner su esperanza el hombre: la Cruz, spes única. Pero el mundo moderno enrarece el aire en torno a la Cruz, impide algo así como su irradiación. Cada día hay menos caminos para llegar a esa puerta.*

*Lo que bajo el nombre de cultura haya de válido en el orden humano, no es más que la propagación de la Cruz, la propagación de la esperanza. Hubo tiempos en que se podía confiar en los "príncipes", porque llevaban la Cruz, en que se podía vivir en las ciudades, porque estaban hechas según la Cruz, en que se podía ser artista sin ser inhumano, porque las artes reptaban la Cruz. : tiempos de esperanza. Había enemigos de la Cruz frente a sus amigos, y se combatía como San Jorge.*

*La Cruz ya no divide. En el rebaño de nuestras ciudades no es fácil distinguir el toro pingüe y la plebe santa: *incrassatus est dilectus*.*

*Desesperación auténtica, por cuya catácumba, con paciencia y el consuelo de las Escrituras, vamos hacia la Esperanza.*

NUMERO

Geografía (no bien oye cantar el rifle de Robinson) abre su mapamundi, señala cualquier islote, dice atoll, y reitera su gratitud a toda la fábula. Con un atlas a su favor, el gentío que viene de las historias es capaz de sobrevivir a la peor Aritmética. ( $1000 + 1 = \text{Mil y Una Noches}$ ;  $3 = \text{Nuno Treez, el juglar}$ ) ¿Y después? Este. Sí. La mano, muerta; la cabeza, viva; yo, mío; los otros, ajenos; el aula, jaula; mi banco, franco; ley, allá; lay, aquí; liceo, leen; Iseo, leo; Tabla Redonda, sí; tabla pitagórica, no; la página, blanquísima; la pizarra, negra; Tristán, este papel; aquel encerado, tristón; el cuento, siempre; la cuenta, nunca; la clase, lista; Bernárdez,

—Ausente.

Por último, la lectura libre. Vuelven en su mal acuerdo los ojos (afectos aún a su furtivo rey) y, cuando se disponen a suspender el escondite para reanudar el colegio, reparan en esta sencilla composición: un cuarto, cuartillas, una claraboya con alba, la pluma, cosas, un reloj alarmante ya, muebles, un calendario muy anteayer, una mesa repleta de libros. Y nada más. En tropel han desaparecido los alumnos, el aula penal, el profesor; y los domingos han dejado de llamarse Sarmiento. Los ojos están en su casa. Las horas y los años, afuera. Sienes y soledad (en estricta correspondencia) reducen el alcance del cuerpo, fomentan el corazón y perfeccionan el paisaje que los libros ofrecen ahora. Las uñas indigestas, el cabello feroz, una pierna que se duerme, los anteojos húmedos, el requemado paladar y los otros agentes de toda mala lectura mitigan al punto sus anteriores exigencias y remiten a la carne su carne, para concurrir en aumento de la llama que sube del papel a la cabeza. La juventud y la noche comunicativa se apresuran a colaborar en esta pasión; un lápiz interviene; la prosodia y el pulso congenian allí; trabajan a compás el péndulo y el cortapapel; el índice quiere llegar al índice; las arterias abundan; y, cuando ya puntuación y pestañeo son un solo reflejo gramatical y cada línea se compone de latidos y no de palabras, el cuerpo recobra poco a poco su ceniza, la ceniza pierde su calor, y el juego del hombre con sus hojas es, un instante, la norma del movimiento común. Absortos en esta dulce mecánica, los ruidos antes extranjeros y las figuras hasta entonces ajenas a la persona se limpian y crecen y llegan a ser sonidos y formas entrañables. Y como los unos ordenan una música, las otras hacen el pájaro que la dice y en ambos está repartida por ahora casi toda la naturaleza, lectura y lector equivalen, el espíritu los acompaña, y el poco suelo restante no puede moderar esa tiranía de plumas armoniosas. El pájaro y su canto. Ni frente, ni lumbre, ni libros. El pájaro y su canto. Lector y lectura. Todo. Mientras el drama se desarrolla, ninguna cosa del mundo permanece neutral. El escritorio, los espejos, el vaso, las cortinas, el aire que discute con una puerta, la lluvia que pasa por el balcón, el alba, la luz y cuanto vive alrededor de la lectura se convierte desde lejos al orden establecido por ella, y así, bien en el pico, bien en la música, contribuye a que el universo no sea más que un pájaro que canta su canto. Pero el espíritu se reporta, descubre la mentira, levanta su claridad y, contra la carne y el mundo arrebatados en pájaro y canto, vuelve a fijar el ámbito de cada palabra, los términos de cada cosa y el número de cada movimiento; pone paz en la imagi-



nación, apura los ojos y restituye al hombre su independencia. Libre ya de la corona con que la tierra sometida le cerraba la frente, libre de los alrededores habituales a la cabeza que por el sueño decide separarse del tronco, libre de los libros y libre de su propia libertad, el hombre que de vez en cuando quería sobrepasar al absoluto lector abandona por fin el cerebro, los nervios y la piel, adivina la nobleza de mejores armas y resuelve desnudarse del mundo de todos hasta que no le quede nada (todo) nada más que su ser. El cautiverio duró muchísimas hojas. Y, desde la primera línea del primer folletín a la página que ahora se va de la mano, los altibajos que la pasión de leer anduvo fueron allí tan numerosos como el papel que participó del incendio. ¿La primera línea? Cielo. Nieve. Pinos. Un lobo se disfraza de abuela. Tambores, un clarín y la muerte. Falta mucho todavía para que Mambrú sea Marlborough. El sótano con su tragaluz. Hay un ratón que se llama Pérez. El dormitorio, la noche, los ecos, el probable crimen. ¡Alumbraría tan bien aquí la pipa de Sherlock Holmes! El mundo, en fin. El mar es del mejor pirata; la tierra, de los gnomos; el aire, de los arcángeles; el fuego, del coronel Cala-

za. Colorín colorado... Los cuentos ocupan el fervor entero de la mirada, prohíben oídos y boca, se disputan un chiquilín abandonado sobre un sofá que ya no se siente. Vuelan al principio las hojas (impar y par, impar y par, impar y par, etcétera), con una rapidez igual a la de la sangre, para luego cobrar una lentitud aprendida sin reloj en las ventanas de diciembre. Cuando cesa la codicia de los anteojos y los héroes infantiles empiezan a bajar la voz, es tal el espacio con que sucede la lectura, que la campana vecina da páginas en vez de horas. Así transcurren el álgebra, la química, Napoleón, algún latín, el seno y el coseno, la nebulosa de Laplace, los hemisferios de Magdeburgo. Después aparece toda la literatura. La librería estudiantil esconde sus estantes; el ocio promete castillos; el hombre flaquea; y el viento, la palabra cantar y la lejanía vuelven a ser el viento, la palabra cantar y la lejanía de la niñez. Una muchedumbre de fantasmas invade la biblioteca, cubre las paredes y se posesiona de la mesa de trabajo, del índice que voltea las hojas y de la frente que discurre por ellas. Una vez establecida sobre la carne, la multitud extiende su autoridad hasta la parcela más íntima del sentimiento. Y en-

tonces ocurre lo que ya te referí, lector amigo. Toda noción es avasallada; toda certeza, preterida; todo crimen, encubierto. Poesía, novela y drama son equivalentes a mañana, tarde y noche. La universidad de las cosas acaba por ordenarse al fin exclusivo de la lectura. Y el mundo se reduce a la máquina ligerísima del pájaro que da su canción. El funcionamiento de una buena sintaxis, una distribución exacta de puntos y comas, un adjetivo feliz, una preposición aventurera, son bastantes a promover el éxtasis gramatical. Embargado por las diez partes de la oración, el paciente se va dejando robar el resto de su persona. La clave de la naturaleza, la inteligencia del agua, la ley, el secreto del pan y todo cuanto supo de niño, suele rebasar ahora la medida de sus facultades. El entendimiento, la voluntad y la memoria quedan a merced del último libro que parece bajo los ojos. Y, de la conducta pasada, sólo subsiste la ya borrosa costumbre de persignarse por las noches. Al mismo tiempo, la mano que hojea se detiene más y más en cada folio; repara mejor en la materia que fluye por entre sus dedos; intima con ella; la trata con amor; halla que le da placer; y, como la cabeza perdida no puede acudir en su desengaño, se rinde. La piel y la mirada porfían aquí sobre quién ha de ser en adelante la señora de tanto y tanto papel. Aunque los ojos están empeñados aún en su labor y no quieren entender en otra cosa, la verdad es que su diligencia ya no es la misma de antaño ni tiene ahora igual motivo su vigilancia; que, del sentido general de la lectura, su cuidado se retrae por momentos al sentido literal y, en él inmóvil, aísla cualquier expresión, examina sílaba por sílaba, reconoce cada vocal, estudia perfil a perfil y, cuando se cansa de mirarle los entresijos, hasta calcula el número de letras allí reunidas y se alborza si resulta cierta la conjetura; que su atención olvida muy a menudo el verdadero destino de las palabras y, en lugar de morir en el centro de cada una para salvarles el significado, prefiere vivir a ciegas en la sobrehoz; y que la piel, en cambio, se despierta minuto a minuto, percibe mejor y, favorecida por el tránsito lentísimo de las hojas, estrecha su comercio con el papel, al extremo de arrogarse casi todo el ejercicio de la lectura. Por manera que, conforme la vista descuida su dignidad, el tacto pone más intención en su menester; y como el goce que los ojos empiezan a perseguir en toda página ya no es el de comprender el sentido sino el de recibir una sensación agradable, de suyo se cae que lo que así procuran es abandonar el servicio del ánimo para satisfacer el apetito del cuerpo; y como la piel excede a los ojos en este particular ¿es extraño que, sintiéndose requerida por el lector, inunde poco a poco los libros y amenace con sustraerlos a la soberanía de la mirada? De un placer en otro placer, el hombre se aplica por entero a sus antojos, y una vez entregado a ellos en lo más oscuro, trata de someterseles en lo más esclarecido de la persona, y entra por ellos y distingue sus calidades y condiciones y discierne sus causas y divide sus consecuencias y se complace justificándolos a todos. El papel adquiere nuevos apellidos: arroz, ahuesado, China, japonés, holandés, algodón, hilo, florete, añafea, pluma, verjurado, bambú. Cuando la vista se pone, los dedos heredan hasta el último resplandor. Y ya desanimado el cuerpo, llega un día en que la gracia de un libro cualquiera depende

## UN CRISTIANO

tan sólo de una imposición de manos así. Como cada noticia del tacto induce a desear otras además, y como un libro, por grande que sea, casi nunca tiene sino una sola que ofrecer, el hambre del hombre se multiplica en el papelorio sin fin. ¡Es de ver entonces el desconcierto de la lectura! Los ingenios más encontrados interesan por igual a la piel, y tanto da la pluma que supo ser una con el espíritu como la que se propuso diferir el conocimiento de la verdad o la que fué demasiado fácil a la razón o la que de pluma sólo tuvo la ligereza. La frente vuelve por sí de vez en cuando, pero su tarea no es otra que la de considerar un antiquísimo pie de imprenta, cualquier errata prócer, este colofón, aquel ex libris, alguna fecha, la dedicatoria tal, el reclamo de la plana cual, y todas y cada una de las variantes advertidas en la lección. Aficionado por demás a la superficie de las obras (encuadernación y caracteres y papel), el hombre se familiariza con el idioma de las imprentas. Escucha con gusto palabras como tamborilete, corondel y cuadratín. Aprende la nomenclatura de los tipos y se complace en recorrerla de grado en grado, de menor a mayor, así: diamante, perla, parisiana, nomparell, miñona, glosilla, gallarda, breviarío, entredós, lectura chica, lectura, texto, texto gordo, parangona, misal, peticano, canon y gran canon. Oye decir atanasia y, en vez de pensar en la inmortalidad, imagina una letra de catorce puntos. Igual medida tiene para él un cícero que Cicero. Cristóbal Plantin, Antonio de Sancha, Francisco Foppens, Aldo Manucio, los Elzevirios y Josef Doblado le ganan el cerebro. Juan de la Cuesta (la zurda de Cervantes) es el nombre castellano de su corazón. Y todos juntos (impresores, impresos y prensas) anticipan el cansancio de la persona. De pronto... Pone tales y tan imperiosos ejemplos al adolescente la ventana (muy a la mano en cada coyuntura memorable), que la naturaleza de aquél acaba por espaciar en ellos el oído, primero, los ojos y la nariz, en seguida, y el último rezago de lo que le pertenece, después. En el alféizar, en los muros, en el aliento de las hendidias, en los cristales, hay un reverbero de mujeres, una resonancia de mujeres, un aroma de mujeres, una temperatura de mujeres; y mujeres hay en la blancura de la cal, en la risa de los vidrios, en el olor del papel, en el cutis de la porcelana; y aún en el sabor de las uñas hay mujeres y mujeres y mujeres. En la lectura menudean, entre tanto, ciertas intermisiones que tuve (páginas ha) por inherentes a determinado momento de la vida. Bien. Aquel momento ha llegado, por fin. Aquel momento es éste. ¿Y ahora? Los objetos empiezan a despojarse de sus palabras. Y como lo que la gramática va perdiendo no tardan en recuperarlo vegetales, animales y minerales, el mundo aumenta de volumen hasta ponerse más redondo que nunca. La belleza que los hechos efunden emociona más que la de su mejor literatura. Los actos anteceden a las actas. Y mientras el cuerpo comprueba que, por primera vez, está viviendo a hurto de la música literal, el oído busca en los nombres a los hombres, el ojo se distrae de las figuras y solicita las formas, y el tacto y el gusto se dedican al gran río que se mete por la ventana. Con toda su carne y en un abrir y cerrar de libros, el adolescente desemboca en la tierra.

Francisco Luis Bernárdez

Ilustración de Ballester Peña.

El pecado esencial del humanismo es el orgullo. El hombre se ha admirado de sí mismo y vive en una boba delectación ante sus propias y deleznable obras. Su vida interior no es de adoración sino de introspección. El hombre se contempla y se complace en los movimientos, no de su espíritu que duerme, sino de su subconsciente; — instintos mal reprimidos, rebeldía de las potencias inferiores. Esclavitud de la carne bajo la apariencia, demoníacamente engañosa de la libertad. Abdicación vergonzosa del hombre; agonía lenta del alma.

He aquí que un hombre, maravillosamente iluminado, descubre su disolución interior. Esa simple observación tiene incalculables consecuencias. El soplo del espíritu ha despejado de pronto todos los ídolos. Advierte su miseria, el vacío terrible de su alma. Se avergüenza de sí mismo. Lloro. Bienaventurados los que lloran porque serán consolados. Esta aventura común es, sencillamente, la que después de tantos otros, nos refiere René Schwob (1).

Pero su simplicidad descubre perspectivas infinitas. Ningún argumento apologético, ningún razonamiento, obran ni por asomo sobre el hombre como la experiencia profunda de un alma. René Schwob nos ofrece la suya con una generosidad, con un despojo de sí, conmovedores.

Ni griego ni judío. Así se llama su último libro de memorias. En el primero aún se complacía su mirada en las transformaciones de su alma. Ahora, si todavía se observa con exceso, es más bien para recoger motivos de edificación, para advertir su debilidad y pequeñez sin la

gracia de Dios y pedirla en encendidas oraciones. Y luego esta declaración reveladora: "Quisiera que las últimas frases del último libro de esta serie de meditaciones — el próximo quizás — sean éstas: "He escrito lo que el amor de Dios me obligó a decir. Ahora, me entrego al silencio: voy hacia Dios que me llama..."

Ni griego ni judío. ¿Qué es entonces René Schwob? Ha escuchado la orden del Apóstol: "Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo". Sabe que no basta conocer la verdad; que es necesario conquistarla. Sabe que en esa empresa el hombre no está solo, porque desfallecería; que tiene una madre que, con cuidados infinitos, lo asiste, lo protege y lo aconseja con una fuerza y una sabiduría divinas: la Santa Iglesia. Desea llegar a ese abandono completo de sí mismo, que el amor de Dios exige; y ve su naturaleza viciada, sus intenciones impuras. En el fondo de su alma, como una respuesta a sus más profundas exigencias, descubre la cruz. "No creer que se comienza por la mística. Hay que empezar por la ascesis. Estoy aún en plena sensibilidad. Es absolutamente preciso que salga cuanto antes". No quiere ya saber de nada sino del Cristo y el Cristo crucificado. La vida de su espíritu le exige la penitencia. Crucificar su naturaleza, sus deseos propios, sus tendencias propias. Alcanzar la abnegación fijando todos sus sentidos en la contemplación del Cristo crucificado. "Concebir en fin y realizar una vida de penitencia".

Ni griego ni judío. Ninguna limitación humana. Un hombre simplemente que aspira a la plenitud del hombre, a la edad perfecta del Cristo. Un cristiano.

Mario Pinto

(1) René Schwob: Ni Grec, ni Juif. ("Le roseau d'or. Paris, 1931).

## P O E M A

Mañanas olorosas de la visión eterna  
en las mañanas de todas las criaturas profundizadas en misterio.

Mañanas olorosas de todas las criaturas en la visión eterna.

Toco las tierras en la misma belleza  
de las mañanas olorosas de la visión eterna;  
miran a Cristo las criaturas.  
Todas las manos levantadas en la misma belleza.

En mis noches oscuras  
los júbilos dibujan sobre los muros luces de espada.

Dichosa el alba de las ciudades que hacen en Cristo sus murallas.  
Se enlazan en amor perdidas a sí mismas albas, palomas y corderos.  
Cristo levanta los caminos de la oración profunda.

Vigilo mis ojos cubiertos de púrpuras sonoras;  
desfallecen las albas sobre las tierras amorosas.

Jacobo Fijman

# CARTA A UN ESCULTOR

Mi querido amigo: Me dice Vd. que le han encargado una imagen de san José para una iglesia y que no sabe si aceptar o no ese trabajo que considera difícil. Me pide Vd. que le diga algo. Le digo, pues, esto: No considere ese trabajo difícil, considérela imposible, y luego acéptelo. No va Vd. por propia inspiración hacia san José (cosa que sería ir directamente a un fracaso, o a una obra falsa) sino que una circunstancia lo pone a Vd. delante del Santo. Ahora bien, yo creo que las circunstancias no existen y que delante de cada circunstancia debemos decir: *Dominus est*, y negarnos. Negar nuestros gustos, negar nuestras virtudes, negar hasta esa idea que nos hemos formado de lo que somos capaces de hacer. ¿San Pedro era capaz de caminar sobre el agua? No, por cierto. Pero era capaz de echarse al agua. Y eso es lo importante. Lo demás lo obrará el Señor en nosotros.

Su imagen tiene un destino especial, será dedicada al culto. ¿Cuál es la función de una imagen expuesta a la veneración de los fieles? Una función doble: 1º, despertar la devoción; 2º no estorbar la oración. Vivimos *in sensibus*. La imagen debe tomarnos en lo que estamos, en los sentidos, y despertarnos, por los sentidos, a lo espiritual. Pero debe estar hecha en tal forma que no dé un deleite sensual al sentido; no debe ofrecerse con jugos de devoción sentimental, debe dejar pasar el alma a través de lo sensible.

Y para esto la imagen debe ser verídica. Debe ofrecer claramente, con la claridad que le es propia, una doctrina clara. Así, una Dolorosa debe representarnos los dolores de María, y es una verdadera blasfemia (catalana) representar esos dolores con la imagen de una prima donna que se retuerce las manos. Patetismo bajo, de teatro, y de teatro malo.



EL GRECO

La verdad de una imagen tiene un elemento intelectual "cifrado" y elemento emocional que debe ser "templado". Los símbolos propios de la imagen deben dar la doctrina de la imagen, y el hieratismo (que no quiere decir tiesura sino majestad, presencia de Dios, temor) debe moderar lo humano, el calor humano que es necesario que exista en una imagen — pues una imagen es un homenaje a la Encarnación, y los santos fueron hombres como nosotros.

Despertar la devoción, no estorbar la oración. Para que la imagen no estorbe la oración debe estar construída con una unidad rigurosa. Podrá ser rica de sentido y detalles, pero es necesario que diga una sola cosa (así sea con mil detalles) y que tenga un solo movimiento o una sola quietud, como sea. Un barroco hará girar todo en un solo movimiento; un románico sosegará todo en una sola quietud, de admiración o de sorpresa o de revelación sublime y pacífica. De modo que la imagen quede como apagada (así sea brillantísima), porque apagada aquí ha de ser la intención de no brillar, de no distraer, de no deslumbrar. Una imagen no debe excitar los sentidos. Debe despertarnos de la vida sensible y tirarnos de adentro a sosiego. La Inmaculada de Murillo hace imposible el sosiego; la Dolorosa del Sagrario, en la Catedral, nos impone silencio. Evitemos a Murillo, que era mulato. Imitemos al que hizo la Dolorosa, *que no sabemos quien era*.

Los sentidos deben quedar en una imagen como la ropa en una percha: el oficio de la imagen después de despertar los sentidos a devoción es "dar paso", dejar el alma en libertad. Cuando la oración termine el alma volverá a la imagen y recogerá de ella los sentidos que dejó sosegados en ella. Si una imagen cumple así su oficio, diremos de esa imagen que es devota: es decir, que no está desatada, sino sujeta (devoción quiere decir sumisión amorosa) y produce sentimientos de humilde sumisión a Dios.

Veamos ahora el caso particular de una imagen de san José. Para "cifrar" la imagen el artista dispone de ciertos símbolos que declaran la vida y los misterios de san José. Debe estudiarse en particular cada uno de esos símbolos, sin pensar en la imagen: la imagen será construída después con ellos. Estos símbolos son:

*La túnica,  
El manto,  
La corona,  
El martillo,  
La vara y la flor,  
La descalcez,  
El Espíritu Santo.*

Luego debe estudiarse el "hieratismo", es decir, la actitud, el calor humano y la moderación divina de la estatua. En esto tendremos en cuenta:

*Si estará de pie.  
Si oye o mira.  
Si lleva o presenta el niño.  
Si se apoya en la vara, o la lleva, o la empuña.*

Esta solución "concreta" de la imagen puede ser realizada de las más diversas maneras: yo supongo aquí una imagen *que haría yo para mí*, lo que no implica que no pueda ser hecha de otro modo, diferente y hasta mejor, es decir, en el que luzca con más claridad formal la doctrina de lo que debe ser una imagen y la verdad de lo que debe ser un san José.

*La túnica:* El santo debe estar vestido. Yo le pondría la túnica de muchos colores de José. No podemos, no debemos ni confundir ni separar a José de san José; y en José tenemos cantidad de cosas sensibles que dan luz sobre san José. Le visto, pues, la túnica polimita, de muchos colores, la túnica de zarzahn, que significa la variedad de las virtudes, y que es un regalo del Padre. ¿Hay algún inconveniente estético? Se resolverá por los medios propios de la escultura policromada cuyos recursos son muchos. Lo esencial es saber que queremos vestir a san José con la túnica de colores de José.

*El manto:* El manto debe ser la stola bissyna que Faraón vistió a José cuando fué exaltado. Yo le pongo, pues, un manto de un solo color, claro. El manto es la caridad perfecta que vincula, cubre y cumple todas las virtudes. Es la perfección del matrimonio espiritual del alma confirmada en gracia. La realización del manto queda librada al artista: lo único importante es querer realizar ese manto de una sola tela, de un solo color claro, por oposición a la túnica llena de variedad: lo importante es tener conciencia de que el manto éste es la cima de la perfección del santo, donde una sola cosa es necesaria y esa sola cosa ha sido lograda y vivida hasta que nos ha transformado en ella. Así pues: el vestido tiene esa oposición, la variedad de la túnica y el color uno y simple del manto.

*La corona:* San José es príncipe y debe llevar una corona. Puede llevarla en la cabeza — pero eso será poco claro. Beuron pone la corona en el aire, atravesada por los rayos (ver el dibujo). El simbolismo ahí es claro. Puede ponerse en otro lugar. Podría realizarse esta idea: "en san José el príncipe y el obrero uno al otro se anulan para que la carne no pueda envanecerse de ninguno". La corona y el martillo irían juntas, como fueron en su vida.

*El martillo:* Símbolo claro de que es "faber", carpintero o herrero. Pero ya sa-



Escuela de BEURON

be la doctrina sobre esto: Es "faber" por imitación del Padre, faber de toda la creación, artesano del mundo — y carpintero por razón de la Cruz del Hijo. Yo sé que todo esto no sirve a un artista que ya tiene las manos puestas en la obra: pero si estas cosas se ponen bien adentro, Dios da, sin saber nosotros cómo, el modo de realizarlas. No es indiferente mientras ponemos el martillo, pensar que es el martillo con que se desclava a Cristo: José de Arimatea también responde a san José, le es armónico.

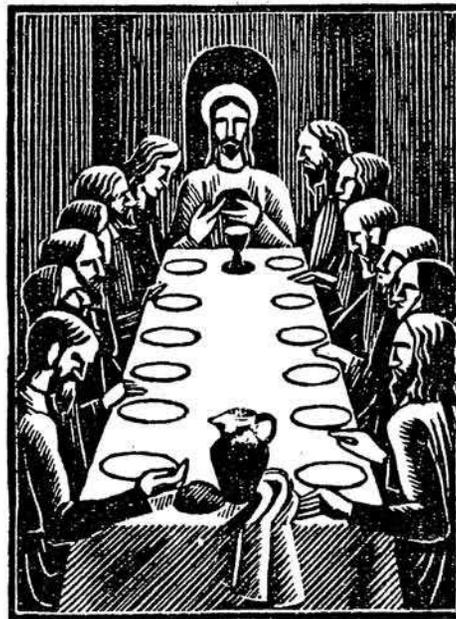
**La descalcez:** Otro misterio: recordemos que no está descalzo porque le falten zapatos, sino porque se ha descalzado. Está descalzo como santa Teresa. Los pies descalzos son la base: la pobreza, la primera de las bienaventuranzas, puerta del Reino. ¿Cómo puede darse esa descalcez? Todos los pies descalzos, cualquiera sea el motivo de su descalcez son idénticos. No. No son iguales los pies descalzos de una estatua griega y los de Cristo, puestos sobre el aspid y el basilisco. Entremos en esta doctrina, en esta luz de los pies descalzos y ya Dios nos dará como expresarlos.

**La vara:** Aquí tenemos el símbolo por excelencia de san José: su vara es el bastón alto del patriarca, vara de autoridad — porque es patriarca; y de peregrino — porque los patriarcas caminaron hacia una ciudad que no es de este mundo.

No me gustan ninguna de las dos varas de Beuron. Me gusta totalmente la vara del Greco: que sea un bastón así, todo un bastón.

**Misterio de la flor:** San Luis Gonzaga, san Antonio de Padua, tienen una azucena: símbolo de la pureza virginal. La azucena cortada larga, el chicote de lirio, es decir un tallo y una flor que sale del tallo: flor propia del tallo, tallo hecho para la flor. Nada de esto conviene a san José y es preciso evitarlo so pena de embarullar todo en una majadería de pureza sentimental. La flor que florece en la vara de san José es de puro milagro: es como la que floreció en la vara de Aarón. El bastón de san José, su bastón de patriarca, no debe tener proporción de tallo con la flor. El bastón es la autoridad del marido — que sea fuerte. La flor es independiente de ese bastón — que sea pura. Y que se vea bien que la flor y el bastón van juntos no por consecuencia o proporción natural (como la que existe entre el tallo jugoso y las flores de una vara de nardo) sino por pura gracia de Dios "añadida" y no "exigida". La flor va en el bastón, pero no sale del bastón. El bastón que lleve la flor, pero no porque le haya sido dado al Santo para llevarla. Le ha sido dado el bastón para llevar el Niño, y la flor, esto es, la virginidad, es como un rocío de lo alto. Está unida al bastón — nada más. Insisto en esto porque en esto fallan las imágenes modernas de san José. Yo llegaría a no poner la flor en la punta del bastón. La pondría un poquito antes, como un brote. La vara dice: es patriarca. La flor: es virgen. Las dos cosas están juntas, pero no tienen relación de dependencia o consecuencia.

**El Espíritu Santo:** Debe llevar un símbolo del Espíritu Santo por haber tenido la plenitud de los dones a pesar de pertenecer al Antiguo Testamento. San José fué como los "hijos de Dios" que son "movidos" (accionados) por el Espíritu San-



DESIDERIO DESIRAVI HOC PASCHA MANDVCARE VOBISCV. Luc. XXII, 15.

Xilografía de Juan Antonio

to. Unos ponen los siete rayos, como en Beuron. Otros la mano (el Padre) con el dedo (el Espíritu Santo) como en la otra estampa de Beuron. La idea debe ser ésta: Quien mire debe entender que este Santo es conducido personalmente por el Espíritu Santo. Dios lo conoce *por su nombre*, como a Moisés, y lo conduce con una providencia singularísima indecible.

*Tales son los símbolos* para cifrar la imagen: esa es la doctrina. Veamos *ahora el acto*, la presencia simple que lleva todo eso, subordina todo eso, habla con y por todo eso y dice *una sola cosa*.

**Actitud:** de pie, y *presentando* el Niño al pueblo fiel. Evitar que aparezca llevando el Niño, de niño. Que *empuñe* bien la vara y *presente el Niño*: son dos cosas correlativas: son su misión, su "majestad". Y que la figura suya quede velada en la humildad: que dé la impresión de un hombre grave, que sabe lo que hace, que sabe

quien es, que sabe para qué está ahí de pie, pero que no se produce ad extra. Yo pondría la cabeza "oyendo" y los ojos mirando para adentro: una cabeza que hace atención, que presta atención. Presta atención al pueblo y al Niño, oye a los fieles y oye el Verbo.

La Virgen mirando al Niño ha sido toda la Edad Media: la relación de la Virgen y el Niño permiten eso y la ingenuidad final de la Edad Media merecía expresar eso. Nuestra época es muy dura y san José está en medio del hambre: presenta al Niño para aplacar a los monstruos, y tiene esa actitud de oír para darnos calma. Que esté envuelto en silencio y contagie silencio. Que su actitud de presentar al Niño sea como para exorcisar el siglo.

El que trabaja para san José debe renunciar a ser "Artista". El Artista es una cosa del Renacimiento, del mundo. En la Iglesia se necesita un oficial artesano, es decir, un hombre que conozca su oficio y trabaje con manos puras. Para una imagen que va a ser objeto de culto conviene más un espíritu de obediencia que un espíritu de afirmación individual. Trabajemos en un San José por docilidad al espíritu más que por inspiración propia que busca expresarse.

Rafael y los otros del Renacimiento hicieron cosas bellas con la Sagrada Familia, Los Desposorios, etc. Pero la belleza es de ellos, no de los misterios. Los misterios son un pretexto, para expresar el alma del Artista. Aquí debemos proceder al revés: que las manos del oficial sean un pretexto para que pasen por ellas (con humildad y obediencia y negación de sí) los misterios de Dios. Evitemos a Rafael: evitemos también a Beuron. Una lectura exacta no es una cosa que canta. Beuron no estorba, pero no despierta. Beuron es un catecismo — cosa excelente, descanso del espíritu después de las locuras literarias. Pero no es un prefacio, no es una antifona, no *despierta*. Y la imagen debe "recordarnos".

Greco tiene de grande que precipita sobre san José esos ángeles, y le da el paso del patriarca extraño a este mundo, pero, a Greco le falta el sentido trágico de san José: yo le hubiera pedido a Greco que pusiera no ángeles celestes, sino de tinieblas: en la misma forma que esos ángeles, los otros, "las potencias del aire" de que habla san Pablo, dominadoras del mundo moderno.

Que la imagen de san José tenga algo de grande, de simple: algo que detenga. Una imagen para ahuyentar las devociones interesadas. Que "el devoto josefino" entre a la iglesia con intención de pedir plata, o cosas temporales y egoístas, y sea detenido por la paz de San José, y pida oración, conocimiento de sí y desprecio del mundo. Una imagen que detenga el corazón blando, sucio y sentimental de nuestra época. Yo quisiera poner en la peana del Santo esta palabra de las Letanías que resume, para mí, el misterio de iniquidad de nuestra época y el misterio de clemencia revelado a nuestra época en san José:

SANCTE IOSEPH, TERROR DAEMONUM,  
ORA PRO NOBIS.

Dimas Antuña

Miércoles, 5 de agosto de 1931.

Ntra. Sra. de las Nieves.

## NUMERO

REVISTA MENSUAL - 25 DE MAYO 11

REDACTORES: Emiliano Aguirre, Nímio de Anquín, Dimas Antuña, Juan Antonio, J. A. Ballester Peña, Héctor Basaldúa, Francisco Luis Bernárdez, Rómulo D. Carbia, Víctor Delhez, Francisco Durá, Miguel Angel Etcheverrigaray, Jacobo Fijman, Rafael Jijena Sánchez, Carlos Mendióroz, Emiliano Mac Donagh, Rodolfo Martínez Espinosa, Ernesto Palacio, Alberto Prebisch, César E. Pico, Mario Pinto, Manuel Río, Carlos A. Sáenz.

SECRETARIOS: Ignacio B. Anzoátegui, Osvaldo Horacio Dondo y Mario Mendióroz.

Número suelto: veinte centavos  
Suscripción anual: dos pesos

# Autodestrucción de la DEMOCRACIA

Quienes aceptan los dogmas de la democracia liberal suelen desdeñar los ataques de sus adversarios como si fueran lucubraciones teóricas desprovistas de contenido. "No se puede luchar—exclaman—contra la corriente inexorable del tiempo": en esa frase se resume una jactancia de victoria que les imposibilita atender con el reposo debido las objeciones que se les formula. La frase, sin embargo, implica, para los demócratas, una pavorosa contradicción. Aceptemos, en efecto, la realidad de esa corriente histórica que imprime un cierto carácter de necesidad a los acontecimientos y fijemos nuestra atención en los hechos mismos y en su concatenación causal. La experiencia nos demuestra entonces que aquella necesidad no expresa una ley metafísica ineluctable sino que representa un proceso dialéctico cuyo desenvolvimiento depende de la permanencia de ciertas causas o principios. Descoyuntada la unidad espiritual de la antigua cristiandad, aparecieron con la Reforma y el Humanismo renacentista los gérmenes de la decadencia moderna. Durante dos siglos el desarrollo del escepticismo inoculado, preparó el advenimiento del liberalismo filosófico que precedió a la revolución francesa. Los derechos de la verdad fueron substituídos por los derechos del parecer individual, tanto más estimables cuanto el escepticismo había destruído el prestigio de la verdad objetiva, último fundamento válido — inclusive en el orden analógico — de toda cultura de estirpe tradicional. Semejante revolución en los espíritus ¿podía quedar sin repercusión en la estructura política? Al "aislamiento del alma" correspondió el aislamiento y la autonomía de los individuos como entidades jurídicas. Así fueron proclamados los "Derechos del Hombre" y se constituyó el individualismo democrático. La voluntad individual, fruto de cualquier capricho y expresada en la mayor suma de sufragios, sería desde entonces la fuente exclusiva del derecho público. No puede extrañar que los factores económicos cobraran luego una preponderancia exorbitante en el desarrollo social, por la sencilla razón de que su íntima vinculación con las necesidades más apremiantes y con el egoísmo de los individuos los convertiría en el móvil inmediato de casi todos sus actos. De esta suerte la riqueza, distribuída desigualmente, aumentó el poderío de



algunos individuos frente a otros y facilitó los abusos del régimen capitalista.

¿Qué importaba entonces la igualdad teóricamente proclamada en el orden político ante la desigualdad irritante que surgía en el orden económico? La dialéctica del proceso identificaría los ideales igualitarios de la democracia con las aspiraciones del socialismo. La democracia conduce al socialismo no obstante el carácter reaccionario de éste respecto al individualismo capitalista desarrollado por aquélla. Mientras la república esté en manos de mayorías, literalmente ajenas a las oligarquías poseedoras de la riqueza, las tendencias igualitarias han de traducirse en un incremento progresivo de la fuerza socialista. ¿Que el socialismo exacerbe en todas partes las dificultades económicas y sea un poderoso factor de inflación; que lejos de satisfacer los deseos de bienestar resulte luego contraproducente? Esa experiencia será inaccesible al hombre-masa, víctima de sus impulsos primarios inspirados en el resentimiento. Además no debe asombrarnos que el socialismo origine grandes crisis económicas porque lo que en el fondo pretende es la destrucción de la sociedad capitalista. Ahora bien; el

mundo moderno ofrece esta doble característica: por un lado pretende la igualdad económica, mediante la socialización de los medios de producción, vale decir, mediante el socialismo; por otro lado, las dificultades económicas aumentan en la medida en que cobran influencia las doctrinas socialistas. El hombre-masa persistirá en sus afanes igualitarios sin comprender intelectualmente la causa de su error. Poseedor de la fuerza mayoritaria y poseído por sus instintos primarios se lanzará sin temor al comunismo no bien la crisis llegue a su período de *fastigium*. El ejemplo de Kerensky barrido por Lenin puede representar una profecía.

Ahora bien: el comunismo es incompatible con la democracia y la dialéctica del proceso histórico que hemos bosquejado es la dialéctica de la autodestrucción de la democracia. Por eso decíamos, al comenzar este artículo, que la frase: "No se puede luchar contra la corriente" empleada jactanciosamente por los demócratas para combatir a la "reacción", importaba en ellos una actitud contradictoria y suicida.

La ceguera contemporánea juzgará excesivamente pesimista la perspectiva que hemos trazado. Ella se justifica, empero, ante los hechos. Y no en vano hemos comparado a gérmenes infecciosos los principios de decadencia que trajeron el Renacimiento y la Reforma. Porque así como los microorganismos patógenos exaltan su virulencia por sucesivas inoculaciones seriadas en los animales receptivos, así el módulo de aceleración del proceso histórico descrito acusa una progresión geométrica. Dos siglos de escepticismo, un siglo de liberalismo filosófico, y un siglo de democracia, socialismo y comunismo, dan una imagen de esta precipitación catastrófica. ¿Se quiere la contraprueba? Miremos hacia el Oriente. Pueblos como la China, recostados en una tradición milenaria, no pueden importar las ideologías occidentales modernas, sin que se desarrolle el proceso descrito hasta las actuales convulsiones comunistas.

Esta es la profunda realidad política que no ven los espíritus superficiales. De ella se desprende el sentido auténtico de la "reacción" que no es una regresión temporal hacia el pasado porque el tiempo es irreversible, sino una continuación de los principios espirituales que forjaron la antigua gloria medieval, y que, capaces de informar la vida contemporánea con todo lo que tiene de aceptable, pueden inaugurar lo que Berdiaeff ha denominado "una nueva edad media".

César E. Pico



## LECTURA

En castellano

Miguel Asín Palacios: *El Islam cristianizado*. (Editorial Plutarco. Madrid, 1931).

Giovanni Papini: *Gog*. Traducción castellana de Mario Verdguer. (Editorial Apolo. Barcelona, 1931).

En francés

René Schwob: *Ni Grec, ni Juif*. ("Le roseau d'or", París, 1931).

Alexandre Cingria: *La decadence de l'art sacré*. Prólogo de Paul Claudel. ("Art Catholique". París, 1931).

*Essais et poèmes*, de Claudel, Maritain, Max Jacob, Marcel Arland, etc. ("Le roseau d'or". París, 1931).

Charles Journet: *La Juridiction de l'Eglise sur la Cité*. Vol. II de "Questions disputées". (Desclée, De Brouwer & Cie. París, 1931).

G. K. Chesterton: *Divorce*. Traducción française. (Editions Saint Michel. París, 1931).

En italiano

Hilaire Belloc: *L'anima cattolica dell'Europa*. (Morcelliana, Brescia, 1931).

San Bonaventura: *Su la perfetta vita*. (Morcelliana. Brescia, 1931).

En inglés

Hilaire Belloc: *Essays of a catholic*. (Sheed & Ward. Londres, 1931).

G. K. Chesterton: *The resurrection of Rome*. (Hodder Stoughton. Londres, 1931).